jeros le dejaban en la misma incertidumbre que sus oráculos. Convocó finalmente una junta de sus magos y agoreros: profesion muy estimada en aquella tierra, donde habia muchos que se entendian con el demonio, y la falta de las ciencias daba opinion de sabios á los mas engañados. Propúsoles que necesitaba de su habilidad para detener aquellos estrangeros, de cuyos designios estaba receloso. Mandóles que saliesen al camino y los ahuyentasen ó entorpeciesen con sus encantos, á la manera que solian obrar otros efectos estraordinarios en ocasiones de menor importancia. Ofrecióles grandes premios si lo consiguiesen, y los amenazó con pena de la vida si volviesen á su presencia sin haberlo conseguido.

Convoca sus magos y agoreros.

Válese de sus artes para detener á los Españoles.

Esta órden se puso en ejecucion, y con tantas veras, que se juntaron brevemente numerosas cuadrillas de nigrománticos, y salieron contra los Españoles, fiados en la eficacia de sus conjuros, y en el imperio que, á su parecer, tenian sobre la naturaleza. Refieren el padre Josef de Acosta, y otros autores fidedignos, que cuando llegaron al camino de Chalco, por donde venia marchando el ejército, y al empezar sus invocaciones y sus círculos, se les apareció el demonio en figura de uno de sus ídolos, á quien llamaban Tezcatlepuca, dios infausto y formidable, por cuya mano pasaban, á su entender, las pestes, las esterilidades y otros castigos del cielo. Venia como despechado y enfurecido, afeando con el ceño de la ira la misma fiereza del ídolo inclemente: y traia sobre sus adornos ceñida una soga de esparto, que le apretaba con diferentes vueltas el pecho, para mayor significacion de su congoja, ó para dar á entender que le arrastraba mano invisible. Postráronse todos para darle adoracion: y él sin dejarse obligar de su rendimiento, y fingiendo la voz con la misma ilusion que imitó la figura, los habló en esta sustancia: « Ya, Mejicanos « infelices, perdieron la fuerza vuestros conjuros, « ya se desató enteramente la trabazon de nuestros « pactos. Decid á Motezuma que por sus crueldades y tiranías « tiene decretada el cielo su ruina: y para que le representeis « mas vivamente la desolacion de su imperio, volved á mirar esa « ciudad miserable desamparada ya de vuestros dioses. » Dicho esto, desapareció; y ellos vieron arder la ciudad en horribles llamas, que desvanecieron poco á poco, desocupando el aire, y dejando sin alguna lesion los edificios. Volvieron á Motezuma con esta noticia, temerosos de su rigor, librando en ella su disculpa; pero le hicieron tanto asombro las amenazas de aquel dios infortunado y calamitoso, que se detuvo un rato sin responder, como quien recogia las fuerzas interiores, ó se acordaba de sí para no descaecer; y depuesta desde aquel instante su natural ferocidad, dijo, volviendo á mirar

Salen estos al camino.

Aparecióseles el demonio en figura de uno de sus ídolos.

Amenazas del ídolo.

Vuelven los magos á Motezuma.

á los magos y á los demas que le asistian: « ¿Qué podemos hacer « si nos desamparan nuestros dioses? Vengan los es- « trangeros, y caiga sobre nosotros el cielo; que no « nos hemos de esconder, ni es razon que nos halle fugitivos la « calamidad. » Y prosiguió poco despues: « Solo me lastiman los « viejos, niños y mugeres, á quien faltan las manos para cuidar « de su defensa. » En cuya consideracion se hizo alguna fuerza para detener las lágrimas. No se puede negar que tuvo algo de príncipe la primera proposicion: pues ofreció el pecho descubierto á la calamidad que tenia por inevitable; y no desdijo de la magestad la ternura con que llegó á considerar la opresion de sus vasallos. Afectos ambos de ánimo real, entre cuyas virtudes ó propiedades no es ménos heróica la piedad que la constancia.

Su desaliento y sus palabras.

Afectos de ánimo real.

Empezóse luego á tratar del hospedage que se habia de hacer á los Españoles, de la solemnidad y aparatos del recibimiento: y con esta ocasion se volvió á discurrir en sus hazañas, en los prodigios con que habia prevenido el cielo su venida, en las señas que traian de aquellos hombres orientales prometidos á sus mayores, y en la turbacion y desaliento de sus dioses, que, á su parecer, se daban por vencidos, y cedian el dominio de aquella tierra, como deidades de inferior gerarquía: y todo fué menester para que se llegase á poner en términos posibles aquella gran dificultad de penetrar, sobre tan porfiada resistencia, y con tan poca gente, hasta la misma corte de un príncipe tan poderoso, absoluto en sus determinaciones, obedecido con adoracion, y enseñado al temor de sus vasallos.

Discursos de los Mejicanos.

CAPITULO IX.

Viene al cuartel á visitar á Cortés de parte de Motezuma el señor de Tezcuco su sobrino: continúase la marcha, y se hace alto en Quitlavaca, dentro ya de la laguna de Méjico.

De aquellas caserías, donde se alojó el ejército de la otra parte de la montaña, pasó el dia siguiente á un pequeño lugar, jurisdiccion de Chalco, situado en el camino real á poco mas de dos leguas, donde acudieron luego el cacique principal de la misma provincia y otros de la comarca. Traian sus presentes con algunos bastimentos; y Cortés los agasajó con mucha humanidad y con algunas dádivas. Pero se reconoció luego en su conversacion que se recataban de los embajadores mejicanos; porque se detenian y embarazaban fuera de tiempo, y daban á entender lo que callaban en lo mismo que de-

Salen al camino algunos caciques.

cian. Apartóse con ellos Hernan Cortés, y á poca diligencia de los intérpretes dieron todo el veneno del corazon. Quejáronse destempladamente de las crueldades y tiranías de Motezuma: ponderaron lo intolerable de sus tributos, que pasaban ya de las haciendas á las personas; pues los hacia trabajar sin estipendio en sus jardines, y en otras obras de su vanidad. Decian con lágrimas: « Que hasta las mugeres se « habian hecho contribucion de su torpeza y la de sus ministros, « puesto que las elegian y desechaban á su antojo, sin que pudie- « sen defender los brazos de la madre á la doncella, ni la pre- « sencia del marido á la casada: » representando uno y otro á Hernan Cortés como á quien lo podia remediar, y mirándole como á deidad que bajaba del cielo con jurisdiccion sobre los tiranos. Él los escuchó compadecido, y procuró mantenerlos en la esperanza del remedio, dejándose llevar por entónces del concepto en que le tenian, ó resistiendo á su engaño con alguna falsedad. No pasaba en estas permisiones de su política los términos de la modestia; pero tampoco gustaba de oscurecer su fama, donde se miraba como parte de razon el desvarío de aquella gente.

Quejas que dieron de Motezuma.

Volvióse á la marcha el dia siguiente, y se caminaron cuatro leguas por tierra de mejor temple y mayor amenidad, donde se conocia el favor de la naturaleza en las arboledas, y el beneficio del arte en los jardines. Hízose alto en Amecameca, donde se alojó el ejército: lugar de mediana poblacion, fundado en una ensenada de la gran laguna, la mitad en el agua, y la otra mitad en tierra firme al pie de una montañuela estéril y fragosa. Concurrieron aquí muchos Mejicanos con sus armas y adornos militares: y aunque al principio se creyó que los traia la curiosidad, creció tanto el número, que dieron cuidado; y no faltaron indicios que persuadiesen al recelo. Valióse Cortés de algunas esterioridades para detenerlos y atemorizarlos: hízose ruido con las bocas de fuego: dispararonse al aire algunas piezas de artillería: ponderóse, y aun se provocó la ferocidad de los caballos, cuidando los intérpretes de dar significacion al estruendo, y engrandecer el peligro; por cuyo medio se consiguió el apartarlos del alojamiento ántes que cerrase la noche. No se verificó que viniesen con ánimo de ofender, ni parece verisímil que se intentase nueva traicion, cuando estaba Motezuma reducido á dejarse ver; aunque despues mataron las centinelas algunos Indios sobre acercarse demasiado con apariencias de reconocer el cuartel: y pudo ser que alguno de los caudillos mejicanos condujese aquella gente con ánimo de asaltar cautelosamente á los Españoles, creyendo no seria desagradable á su rey, por considerarle rendido á la paz con repugnancia de su natural y de su conveniencia; pero esto se quedó en presun-

Alójase el ejército en la ribera de la laguna.

Concurrieron muchos Mejicanos en el alojamiento.

Cuidado que dió el grande número.

cion, porque á la mañana solo se descubrieron en el camino que se habia de seguir algunas tropas de gente desarmada, que tomaban lugar para ver á los estrangeros.

Presuncion de los Españoles.

Tratábase ya de poner en marcha el ejército, cuando llegaron al cuartel cuatro caballeros mejicanos con aviso de que venia el príncipe Cacumatzin, sobrino de Motezuma, y señor de Tezcuco, á visitar á Cortés de parte de su tio; y tardó poco en llegar. Acompañábanle muchos nobles con insignias de paz y ricamente adornados. Traíanle sobre sus hombros otros Indios de su familia en unas andas cubiertas de varias plumas, cuya diversidad de colores se correspondia con proporcion. Era mozo de hasta veinticinco años, de recomendable presencia: y luego que se apeó, pasaron delante algunos de sus criados á barrer el suelo que habia de pisar, y á desviar con grandes ademanes y contenencias la gente de los lados: ceremonias que, siendo ridículas, daban autoridad. Salió Cortés á recibirle hasta la puerta de su alojamiento con todo aquel aparato de que adornaba su persona en semejantes funciones. Hízole al llegar una cumplida reverencia, y él correspondió tocando la tierra, y despues los labios con la mano derecha. Tomó su lugar despejadamente, y habló con sosiego de hombre que sabia estar sin admiracion á vista de la novedad. La sustancia de su razonamiento fué: « Dar la bien venida, con pala- « bras puestas en su lugar, á Cortés y á todos los cabos de su « ejército: ponderar la gratitud con que los esperaba el gran « Motezuma, y cuánto deseaba la correspondencia y amistad de « aquel príncipe del oriente que los enviaba: cuya grandeza debia « reconocer por algunas razones que entenderian de su boca: » y por via de discurso propio volvió á dificultar, como los demas embajadores, la entrada de Méjico, « fingiendo que se padecia este- « rilidad en todos los pueblos de su contribucion: y proponiendo, « como punto que sentia su rey, lo mal asistidos que se hallarian « los Españoles donde faltaba el sustento para los vecinos. » Cortés respondió, sin apartarse del misterio con que iba cebando las aprehensiones de aquella gente: « Que « su rey, siendo un monarca sin igual en otro mundo cercano al « nacimiento del sol, tenia tambien algunas razones de alta consi- « deracion para ofrecer su amistad á Motezuma, y comunicarle « diferentes noticias que miraban á su persona y esencial conve- « niencia: cuya proposicion no desmereceria su gratitud; ni él « podia dejar de admitir con singular estimacion la licencia que se « le concedia para dar su embajada, sin que le hiciese algun em- « barazo la esterilidad que se padecia en aquella corte: porque sus « Españoles necesitaban de poco alimento para conservar sus fuer- « zas, y venian enseñados á padecer y despreciar las incomodida- « des y trabajos de que se afligian los hombres de inferior natu-

Envia Motezuma al señor de Tezcuco.

Cómo venia.

Su razonamiento.

Respuesta de Cortés.

« raleza. » No tuvo Cacumatzin que replicar á esta resolucion; ántes recibió con estimacion y rendimiento algunas joyuelas de vidrio estraordinario que le dió Cortés: y acompañó el ejército hasta Tezcuco, ciudad capital de su dominio, donde se adelantó con la respuesta de su embajada.

Descripcion de Tezcuco.

Era entónces Tezcuco una de las mayores ciudades de aquel imperio: refieren algunos que seria como dos veces Sevilla; y otros, que podia competir con la corte de Motezuma en la grandeza, y presumia, no sin fundamento, de mayor antigüedad. Estaba la frente principal de sus edificios sobre la orilla de aquel espacioso lago en parage de grande amenidad, donde tomaba su principio la calzada oriental de Méjico. Siguióse

Entra el ejército en la calzada.

por ella la marcha sin detencion, porque se llevaba intento de pasar á Iztacpalapa, tres leguas mas adelante, sitio proporcionado para entrar en Méjico el dia siguiente á buena hora. Tendria por esta parte la calzada veinte pies de ancho, y era de piedra y cal, con algunas labores en la superficie. Habia en la mitad del camino sobre la misma calzada otro lugar de hasta dos mil casas, que se llamaba Quitlavaca; y por estar fundado en

Cacique de Quitlavaca.

el agua, le llamaron entónces Venezuela. Salió el cacique muy acompañado y lucido al recibimiento de Cortés, y le pidió que honrase por aquella noche su ciudad, con tanto afecto y tan repetidas instancias, que fué preciso condescender á sus ruegos por no desconfiarle. Y no dejó de

Alójase el ejército en este lugar.

hallarse alguna conveniencia en hacer aquella mansion para tomar noticias; porque viendo desde mas cerca la dificultad, entró Cortés en algun recelo de que le rompiesen la calzada, ó levantasen los puentes para embarazar el paso á su gente.

Novedad que hizo la laguna.

Registrábase desde allí mucha parte de la laguna, en cuyo espacio se descubrian varias poblaciones y calzadas que la interrumpian y la hermoseaban: torres y capiteles, que al parecer nadaban sobre las aguas: árboles y jardines fuera de su elemento: y una inmensidad de Indios, que, navegando en sus canoas, procuraban acercarse á ver los Españoles; siendo mayor la muchedumbre que se dejaba reparar en los terrados y azuteas mas distantes. Hermosa vista, y maravillosa novedad, de que se llevaba noticia, y fué mayor en los ojos que en la imaginacion.

Tuvo el ejército bastante comodidad en este alojamiento, y los paisanos asistieron con agrado y urbanidad al regalo de sus huéspedes: gente de cuya policía se dejaba conocer la vecindad de la corte. Manifestó el cacique, sin poderse contener, poco afecto á Motezuma, y el mismo deseo que los demas de sacudir el yugo intolerable de aquel gobierno; porque alentaba los soldados, y facilitaba la empresa, diciendo á los intérpretes, como quien deseaba que lo entendiesen todos: « Que la calzada que se habia de seguir

« hasta Méjico era mas capaz y de mejor calidad que « la pasada, sin que hubiese que recelar en ella, ni « en las poblaciones de su márgen: que la ciudad de « Iztacpalapa, donde se habia de hacer tránsito, estaba de paz, y « tenia órden para recibir y alojar amigablemente á los Españoles « que el señor de esta ciudad era pariente de Motezuma; pero « que ya no habia que temer en los de su faccion, porque le te- « nian rendido y sin espíritu los prodigios del cielo, las respuestas « de sus oráculos, y las hazañas que le referian de aquel ejército; « por cuya razon le hallarian deseoso de la paz, y con el ánimo « dispuesto ántes á sufrir que á provocar. » Decia la verdad este cacique; pero con alguna mezcla de pasion y de lisonja: y Hernan Cortés, aunque no dejaba de conocer este defecto en sus noticias, procuraba divulgarlas y encarecerlas entre sus soldados. Y no se puede negar que llegaron á buen tiempo, para que no se desanimase la gente de ménos obligaciones con aquella variedad de objetos admirables que se tenian á la vista, de que se pudiera colegir la grandeza de aquella corte, y el poder formidable de aquel príncipe; pero los informes del cacique, y las ponderaciones que se hacian de su turbacion y desaliento pudieron tanto en esta concurrencia de novedades, que alegrándose todos de lo que se habian de asombrar, se aprovecharon de su admiracion para mejorar las esperanzas de su fortuna.

Avisos que dió el cacique de Quitlavaca.

Aliento de los Españoles.

CAPITULO X.

Pasa el ejército á Iztacpalapa, donde se dispone la entrada de Méjico. Refiérese la grandeza con que salió Motezuma á recibir á los Españoles.

La mañana siguiente, poco despues de amanecer, se puso en órden la gente sobre la misma calzada, segun su capacidad, bastante por aquella parte para que pudiesen ir ocho caballos en hilera. Constaba entónces el ejército de cuatrocientos y cincuenta Españoles no cabales, y hasta seis mil Indios tlascaltecas y zempoales, y de otras naciones amigas. Siguióse la marcha, sin nuevo accidente que diese cuidado, hasta la misma ciudad de Iztacpalapa donde se habia de hacer alto: lugar que sobresalia entre los demas por la grandeza de sus torres y por el bulto de sus edificios: seria de hasta diez mil casas de segundo y tercer alto, que ocupaban mucha parte de la laguna, y se dilataban algo mas sobre la ribera en sitio delicioso y abundante. El señor de esta ciudad salió muy autorizado á recibir el ejército: y le asistieron para esta funcion los príncipes de Ma-

De qué número constaba el ejército.

Hácese mansion en Iztacpalapa.

Salió el cacique con otros del contorno.

gicalzingo y Cuyoacan, dominios de la misma laguna. Traian todos tres su presente separado de varias frutas, cazas y otros bastimentos, con algunas piezas de oro, que valdrian hasta dos mil pesos. Llegaron juntos, y se dieron á conocer, diciendo cada uno su nombre y dignidad, y remitiendo á la discrecion de la ofrenda todo lo que faltaba en el razonamiento.

Hízose la entrada en esta ciudad con aquel aplauso que consistia en el bullicio y gritería de la gente, cuya inquietud alegre daba seguridad á los mas recelosos. Estaba prevenido el alojamiento en el mismo palacio del cacique, donde cupieron todos los Españoles debajo de cubierto, quedando los demas en los patios y zaguanes con bastante comodidad para una noche que se habia de pasar sin descuido. Era el palacio grande y bien fabricado, con separacion de cuartos alto y bajo, muchas salas con techumbre de cedro, y no sin adorno; porque algunas de ellas tenian sus colgaduras de algodon, tejido á colores con dibujo y proporcion. Habia en Iztacpalapa diversas fuentes de agua dulce y saludable, traida por diferentes conductos de las sierras vecinas, y muchos jardines cultivados con prolijidad: entre los cuales se hacia reparar una huerta de admirable grandeza y hermosura que tenia el cacique para su recreacion, donde llevó aquella tarde á Cortés con algunos de sus capitanes y soldados, como quien deseaba cumplir á un tiempo con el agasajo de los huéspedes, y con su propia jactancia y vanidad. Habia en ella diversos géneros de árboles fructíferos, que formaban calles muy dilatadas, dejando su lugar á las plantas menores, y un espacioso jardin, que tenia sus divisiones, y paredes hechas de cañas entretejidas, y cubiertas de yerbas olorosas, con diferentes cuadros de agricultura cuidadosa, donde hacian labor las flores con ordenada variedad. Estaba en medio un estanque de agua dulce, de forma cuadrangular: fábrica de piedra y argamasa, con gradas por todas partes hasta el fondo, tan grande, que tenia cada uno de sus lados cuatrocientos pasos, donde se alimentaba la pesca de mayor regalo, y acudian varias especies de aves palustres, algunas conocidas en Europa, y otras de figura esquisita y pluma estraordinaria: obra digna de príncipe, y que, hallada en un súbdito de Motezuma, se miraba como argumento de mayores opulencias.

Alojamiento de Iztacpalapa.

Palacio de Iztacpalapa.

Huerta del cacique.

Estanque notable.

Pasóse bien la noche, y la gente acudió con agrado y sencillez al agasajo de los Españoles: solo se reparó en que hablaban ya en este lugar con otro estilo de las cosas de Motezuma, porque alababan todos su gobierno, y encarecian su grandeza; ó tuviéselos de aquella opinion el parentesco del cacique, ó ménos atrevidos la cercania del tirano. Habia dos leguas de calzada que pasar hasta Méjico, y se tomó la mañana, porque deseaba Cortés hacer su entrada, y cumplir

Hablase mejor de Motezuma.

Siguese la marcha.

con la primera funcion de visitar á Motezuma, quedando con alguna parte del dia para reconocer y fortificar su cuartel. Siguióse la marcha con la misma órden: y dejando á los lados la ciudad de Magicalzingo en el agua, y la de Cuyoacan en la ribera, sin otras grandes poblaciones que se descubrian en la misma laguna, se dió vista desde mas cerca, y no sin admiracion, á la gran ciudad de Méjico, que se levantaba con esceso entre las demas, y, al parecer, se le conocia el predominio hasta en la soberbia de sus edificios. Salieron á poco ménos que la mitad del camino mas de cuatro mil nobles y ministros de la ciudad á recibir el ejército, cuyos cumplimientos detuvieron largo rato la marcha, aunque solo hacian reverencia, y pasaban delante para volver acompañando. Estaba poco ántes de la ciudad un baluarte de piedra con dos castillejos á los lados, que ocupaba todo el plano de la calzada: cuyas puertas desembocaban sobre otro pedazo de calzada, y esta terminaba en una puente levadiza, que defendia la entrada con segunda fortificacion. Luego que pasaron de la otra parte los magnates del acompañamiento, se fueron desviando á los lados para franquear el paso al ejército, y se descubrió una calle muy larga y espaciosa, de grandes casas edificadas con igualdad y correspondencia, cubiertos de gente los miradores y terrados; pero la calle totalmente desocupada: y dijeron á Cortés que se habia despejado cuidadosamente, porque Motezuma estaba en ánimo de salir á recibirle para mayor demostracion de su benevolencia.

Ciudad de Méjico.

Recibimiento de los Mejicanos.

Baluarte de la entrada.

Descúbrese una calle despejada.

Poco despues se fué dejando ver la primera comitiva real, que serian hasta doscientos nobles de su familia, vestidos de librea con grandes penachos conformes en la hechura y el color. Venian en dos hileras con notable silencio y compostura, descalzos todos, y sin levantar los ojos de la tierra: acompañamiento con apariencias de procesion. Luego que llegaron cerca del ejército, se fueron arrimando á las paredes en la misma órden; y se vió á lo léjos una gran tropa de gente mejor adornada y de mayor dignidad, en cuyo medio venia Motezuma sobre los hombros de sus favorecidos en unas andas de oro bruñido, que brillaba con proporcion entre diferentes labores de pluma sobrepuesta, cuya primorosa distribucion procuraba oscurecer la riqueza con el artificio. Seguian el paso de las andas cuatro personages de gran suposicion, que le llevaban debajo de un palio hecho de plumas verdes entretejidas y dispuestas de manera que formaban tela, con algunos adornos de argentería: y poco delante iban tres magistrados con unas varas de oro en las manos, que levantaban en alto sucesivamente, como avisando que se acercaba el rey, para que se humillasen todos, y

Acompañamiento de Motezuma.

Cómo venia Motezuma.

Sus andas.

El palio.

Ministros que iban delante.

no se atreviesen á mirarle: desacato que se castigaba como sacrilegio. Cortés se arrojó del caballo poco ántes que llegase, y al mismo tiempo se apeó Motezuma de sus andas, y se adelantaron algunos Indios que alfombraron el camino para que no pusiese los pies sobre la tierra, que, á su parecer, era indigna de sus huellas.

Apéase Cortés, y despues Motezuma.

Previnose á la funcion con espacio y gravedad; y puestas las dos manos sobre los brazos del señor de Iztacpalapa y el de Tezcuco sus sobrinos, dió algunos pasos para recibir á Cortés. Era de buena presencia: su edad hasta cuarenta años, de mediana estatura, mas delgado que robusto: el rostro aguileño, de color ménos oscuro que el natural de aquellos Indios: el cabello largo hasta el estremo de la oreja, los ojos vivos, y el semblante magestuoso, con algo de intencion: su trage un manto de sutilísimo algodon, anudado sin desaire sobre los hombros, de manera que cubria la mayor parte del cuerpo, dejando arrastrar la falda. Traia sobre sí diferentes joyas de oro, perlas y piedras preciosas en tanto número, que servian mas al peso que al adorno. La corona una mitra de oro ligero, que por delante remataba en punta, y la mitad posterior algo mas obtusa se inclinaba sobre la cerviz: y el calzado unas suelas de oro macizo; cuyas correas tachonadas de lo mismo ceñian el pie, y abrazaban parte de la pierna, semejante á las cáligas militares de los Romanos.

Su presencia y su trage.

Hechura de la corona.

El calzado.

Llegó Cortés apresurando el paso sin desautorizarse, y le hizo una profunda sumision; á que respondió poniendo la mano cerca de la tierra, y llevándola despues á los labios: cortesía de inaudita novedad en aquellos príncipes, y mas desproporcionada en Motezuma, que apénas doblaba la cerviz á sus dioses, y afectaba la soberbia, ó no la sabia distinguir de la magestad: cuya demostracion, y la de salir personalmente al recibimiento, se reparó mucho entre los Indios, y cedió en mayor estimacion de los Españoles: porque no se persuadian á que fuese inadvertencia de su rey, cuyas determinaciones veneraban sujetando el entendimiento. Habíase puesto Cortés sobre las armas una banda ó cadena de vidrio, compuesta vistosamente de varias piedras que imitaban los diamantes y las esmeraldas, reservada para el presente de la primera audiencia; y hallándose cerca en estos cumplimientos, se la echó sobre los hombros á Motezuma. Detuviéronle, no sin alguna destemplanza, los dos braceros, dándole á entender que no era lícito el acercarse tanto á la persona del rey; pero él los reprendió, quedando tan gustoso del presente, que le miraba y celebraba entre los suyos como presea de inestimable valor: y para desempeñar su agradecimiento con alguna liberalidad, hizo traer, entre tanto que llegaban á darse á conocer los demas capitanes, un collar, que tenia la primera estimacion entre sus joyas. Era de unas conchas carmesíes de gran precio en aquella tierra, dispuestas y engazadas con tal arte, que de cada una de ellas pendian cuatro gámbaros ó cangrejos de oro, imitados prolijamente del natural. Y él mismo con sus manos se le puso en el cuello á Cortés: humanidad y agasajo, que hizo segundo ruido entre los Mejicanos. El razonamiento de Cortés fué breve y rendido, como lo pedia la ocasion, y su respuesta de pocas palabras, que cumplieron con la discrecion, sin faltar á la decencia. Mandó luego al uno de aquellos dos príncipes sus colaterales que se quedase para conducir y acompañar á Hernan Cortés hasta su alojamiento, y arrimado al otro volvió á tomar sus andas, y se retiró á su palacio con la misma pompa y gravedad.

Notable cortesía de Motezuma.

Presente de Cortés.

Collar que dió Motezuma.

Breve razonamiento entre los dos.

Retirase Motezuma.

Fué la entrada en esta ciudad á ocho de noviembre del mismo año de mil y quinientos y diez y nueve, dia de los santos cuatro coronados mártires: y el alojamiento que tenian prevenido, una de las casas reales que fabricó Ajayaca, padre de Motezuma. Competia en la grandeza con el palacio principal de los reyes, y tenia sus presunciones de fortaleza: paredes gruesas de piedra, con algunos torreones que servian de traveses, y daban facilidad á la defensa. Cupo en ella todo el ejército: y la primera diligencia de Cortés fué reconocerla por todas partes, para distribuir sus guardias, alojar su artillería, y cerrar su cuartel. Algunas salas, que tenian destinadas para la gente de mas cuenta, estaban adornadas con sus tapicerías de varios colores, hechas de aquel algodon á que se reducian todas sus telas, mas ó ménos delicadas: las sillas de madera labradas de una pieza: las camas entoldadas con sus colgaduras en forma de pabellones; pero el lecho se componia de aquellas sus esteras de palma, donde servia de cabecera una de las mismas esteras arrollada. No alcanzaban allí mejor cama los príncipes mas regalados, ni cuidaba mucho aquella gente de su comodidad, porque vivian á la naturaleza, contentándose con los remedios de la necesidad: y no sabemos si se debe llamar felicidad en aquellos bárbaros esta ignorancia de las superfluidades.

Fué esta entrada á ocho de noviembre de mil quinientos diez y nueve.

Alojamiento de los Españoles en una de las casas reales.

Adornos de la casa.